

D. PABLO

¡La culpa!... ¿Culpa de qué?...

CRUZ

Culpa que no fué mía y por ella me aborreces.

D. PABLO

¿Qué dices?... No es verdad... Tu no sabes... no puedes saber...

CRUZ

Sí; lo que tu supiste cuando murió mi madre, lo que yo sabía desde mucho antes. ¡Ya ves si habré sufrido!

D. PABLO

¿Que tú sabías?... ¡Es horrible!... ¡Calla!... ¡Calla!... ¡No!... Dímelo todo, la verdad; ya... ¿qué importa?

CRUZ

Fué mi secreto. ¡Mejor guardado en mi corazón de niña muchos años, que un solo

día en el tuyo!... Apenas murió mi madre me apartaste con horror de tu lado; comprendí que mi madre á la hora de la muerte, atormentada por el remordimiento, te había confesado la verdad ó que tú la habías descubierto. Mi madre murió casi de repente. ¡Tal vez guardaba cartas, alguna prueba que no pudo destruir antes de morir!...

D. PABLO

¡No; fué ella misma! No sé si delirante ó arrepentida, si inspirada de Dios ó del infierno, á la hora de la muerte confesó la verdad... ¡primera verdad que me dijeron sus labios, y maldigo á la muerte que no los cerró antes de que la pronunciara!... Pero, tú... ¿Cuándo?... ¿Cómo?... Fué piadosa contigo, no quiso que yo te robara un cariño que no me pertenecía; te enseñó á querer con verdadero cariño de hija á tu padre verdadero... ¿No es eso?... Y yo, engañado, vendido entre mentiras de cariño, que eran

toda la ilusión de mi vida... ¡Y vuelves á mí!... ¿Qué quieres?... ¿Qué buscas?... Mi corazón no sabe mentir como el vuestro; sé que no eres mi hija; eres la traición viva de cuanto adoré en este mundo; te odio, ya lo sabes, lejos de mí, lejos...

CRUZ

No me hables así; por cuanto me quisiste, por cuanto he sido para ti. ¡No!... Tu corazón no puede acostumbrarse á odiarme tan pronto, no; aunque tú lo digas, aunque tú lo quieras. Antes que tú supe la verdad, y la verdad de que no eras mi padre no pudo destruir la verdad de mi cariño para ti. ¡Era una verdad más grande que todas las verdades! Créelo, padre mío, único nombre que sabe darte mi corazón. Óyeme; si la verdad fué horrible para ti, más lo fué para mí... ¡Empezar á vivir dudando de mi madre!... ¿Dudar?... ¡No creer, Dios mío!... ¡No creer en mi madre!... Era yo

muy niña, pasábamos aquí el verano los tres juntos, los tres y mucha gente que venía á visitarnos, á pasar unos días con nosotros. Aquel año tuviste que ir á Madrid unos días y nos dejaste solas aquí, ¿te acuerdas?...

D. PABLO

Sí, si me acuerdo.

CRUZ

Como de costumbre, venía á casa, como siempre, gente de Madrid ó gente que veraneaba en los alrededores... Miraba yo entre todos con antipatía, con repulsión...

D. PABLO

¿A?...

CRUZ

A un hombre que nos acompañaba á todas partes. Mi madre le recibía con agrado, y yo no podía soportar su presencia; cuando venía á visitarnos no había quien me sepa-

rasede mi madre; la importunaba, la incomodaba con preguntas, con enfados, con caricias; á toda costa quería que fijase en mí su atención, que no hablase con aquel hombre, celillos de niña mimosa, pero tormento insoportable para mí. Un día, era la hora de la siesta, descansaban todos recogidos en sus habitaciones; á mí me habían dejado sola en el jardín y jugaba en el cenador con mis cacharros y mis muñecas... Sentí pasos, miré... ¡y era él, el hombre antipático que se entraba por la puertecilla del huerto!... Nunca había venido á aquellas horas, ni era costumbre que nadie entrara por aquella puerta; mamá estaba sola; yo no sé lo que sentí, pero eché detrás de él, abrazada á mi muñeca, abrazada muy fuerte, como si presintiera que necesitaba estrechar algo contra mi corazón para defenderle del golpe que le amenazaba. Llegué al gabinete, empujé la puerta, y con espanto ví que aquel hombre abrazaba á mi madre, hablaban de un viaje,

se despedían, y mi madre le decía al despedirse: «¡Que no me olvides, que no me olvides!» Y los dos lloraban...

D. PABLO

¿Y aquel hombre?...

CRUZ

Me vió él primero que mi madre; me cogió entre sus brazos, yo me revolví rabiosa para escaparme, me sujetó con más fuerza, quiso besarme y entonces yo, roja de cólera, con lágrimas de furor, pateándole en el pecho, rugí como una fierecilla: «Suélteme usted, se lo diré á mi padre, le diré que es usted muy malo....»

D. PABLO

¡Qué horrible!...

CRUZ

Me soltó al oirme, y él y mi madre que-

daron mirándose... Me dió miedo y rompí á llorar... Y estuve muy triste días y días...

D. PABLO

¿Y tu madre, entonces?...

CRUZ

No se separaba de mí, y de continuo me preguntaba para inquirir por mis palabras mis sospechas. Pero, ¿qué sospechas podía haber en mí? Un arranque instintivo del corazón, no había sido otro mi sentimiento... Y á medida que pasaban los días el recuerdo de la escena se borraba, se confundía y solo quedaba distinto y triste el recuerdo de mi muñeca, la muñeca que estrechaba en mis brazos y que había dejado caer al suelo al defenderme de las caricias de aquel hombre, y al caer se había hecho pedazos, y todavía me parece verla... destrozada, como mi corazón, desde aquel día.

D. PABLO

¿Y no volviste á ver á aquel hombre?

CRUZ

Mucho después, en Madrid. Pero entonces no era ya una niña, y decidida á todo hablé con mi madre.

D. PABLO

¿Te atreviste?

CRUZ

¿Porqué no? Con la conciencia de mi deber. Yo no podía juzgar á mi madre, debía quererla siempre; pero quise salvarla por mi cariño, por el tuyo...

D. PABLO

Pero tu cariño y su pasión eran uno solo en tu vida, su vida entera...

CRUZ

Así lo oí con espanto, y que aquel hom-

bre odioso, aborrecible, era sagrado para mí; que le debía amor y respeto.

D. PABLO

Y vida y nombre... todo, ¡bien dijo!... Ya lo oíste, pues con él, con tu padre...

CRUZ

¡No!...

D. PABLO

¡Cruz!...

CRUZ

¡No, no!... Lo mismo que respondí á mi madre. Mi padre eres tú, tú que me diste cariño de padre, y con él me diste más de tu vida que quien me dió solo la vida; para ti fueron cuidados y desvelos por mi vida, un deber cumplido con gozo; viviste para mí y viví, á pesar suyo: para ti todo mi cariño, que si otro fué el padre de mi vida, tú eres el padre de mi alma... ¡Padre mío!...

D. PABLO

¡Cruz!... ¡Hija mía!... ¡De mi alma, sí!...

CRUZ

En tus brazos; sostenme en ellos como me tuviste tantas veces de niña; entre tus brazos volveré á serlo, volveré á nacer de ti solo... ¡Niña otra vez, niña de tu alma!...

D. PABLO

Niña, no... Mujer y mujer fuerte te quiero. Para ti todo mi cariño, pero has de probarme el tuyo, quiero saber...

CRUZ

¡Saber!... ¿Qué?

D. PABLO

Tu madre murió negándose á revelar un nombre. Después... no pude descubrirlo; ni una carta, ni un recuerdo, ni rastro... ¡Sabe Dios que creí volverme loco por saberlo!

Aquel hombre quizá era alguno de mis amigos, tal vez alguno de los que acudían á compartir mi pena en aquellos días, ¡el más querido, acaso!... En mi delirio llegué á increparles á todos, esperando así que se vendiera el culpable creyéndose descubierto...

CRUZ

No era ninguno de tus amigos; no estaba allí cuando murió mi madre...

D. PABLO

Pero, ¿le he visto? ¿Le conozco? ¿He estrechado su mano alguna vez? Dime su nombre, su nombre...

CRUZ

¡No, eso no!...

D. PABLO

¿Y quieres que te llame hija? ¡Su nombre, ó he de creer que le prefieres á mí á pesar de lo que has dicho! Que no me quieres,

que no puedes quererme, que, á pesar nuestro, el lazo de la sangre es más fuerte que los lazos del alma....

CRUZ

¡No, no! ¡Su nombre!... ¿Para qué? ¿Para odiarle, para vengarte? ¿Y quieres que sea yo quien os ponga frente á frente? No es por él, es por ti.

D. PABLO

Si sabes que no he de matarle. ¡Que viva, que viva! ¡Si el odio que siento por él fuera mayor mil veces, no le desearía otro castigo! Pero quiero saber su nombre, quiero conocerle, y si le he visto, si le conozco yo, recordar su figura, su voz...

CRUZ

Si no existe para mi cariño, menos debe existir para tu odio. Yo no puedo quererle, pero no debo odiarle... Como si hubiera

muerto, muerto para mi cariño y para tu odio... Para los muertos perdón y oraciones. Su perdón para ellos, padre mío, que en nombre de mi madre vengo á restituirte todo el cariño de su alma... ¡mi vida entera!  
(*Entra Vicenta.*)

VICENTA

Con permiso.

CRUZ

Acércate.

VICENTA

¡Ay, señor! ¿Ha visto usted, ha visto usted en qué buena hora ha venido la señorita? Así, lloré usted, desahogue ese corazón... Y que ya no le dejará usted solo.

CRUZ

¡Ya no me separaré nunca de su lado!

VICENTA

Así, así debe ser, es lo que yo digo. Pero

ahora deben ustedes descansar, que la señorita habrá traído un viaje muy penoso con la angustia y el frío.

D. PABLO

Sí, ve á descansar, hija mía.

VICENTA

Y usted también, señor.

D. PABLO

Hasta mañana, hija mía. (*La besa.*)

CRUZ

Hasta mañana.

VICENTA

¿Lo ve usted, señor? A mí no me diga; sin besar á su hija antes de acostarse no era posible que durmiese usted tranquilo. Verá usted esta noche si duerme usted como un bendito.